

# La biblioteca del Colegio de San Pablo (1568-1767), antecedente de la Biblioteca Nacional

*LUIS MARTIN\**

El Colegio de San Pablo, fundado por los jesuitas en 1568 y clausurado por orden de Carlos III en 1767, fue uno de los grandes centros culturales del Perú colonial, cuya contribución a la sociedad de la colonia sobrepasó a la de otras instituciones semejantes. Durante doscientos años el Colegio de San Pablo formó en Lenguas y Humanidades clásicas a la juventud que aspiraba a ingresar en la Universidad de San Marcos; ejerció un liderazgo indiscutible en el campo de la salud pública, organizando en sus claustros la mejor farmacia del Virreinato; formó profesores que ocuparon cátedras en casi todos los colegios y universidades del antiguo Perú; y con sus extensas propiedades rurales y urbanas jugó un papel substancial en la economía del virreinato. Los directores intelectuales del Colegio de San Pablo, no satisfechos con la labor realizada dentro de sus aulas, fundaron, y por doscientos años mantuvieron, el Colegio del Príncipe para Indios nobles y el Real de San Martín, que tanta gloria daría a la Universidad de San Marcos, y al que un historiador jesuita de la segunda mitad del siglo XVII describe así: "... el Colegio Real de San Martín que siempre se a (sic) mirado como colonia de este de San Pablo..." (1).

Con sólo lo arriba mencionado el Colegio de San Pablo podría reclamar para sí uno de los primeros puestos en la vida académica del Virreinato. Si a esto se añade que los Rectores y Maestros de San Pablo formaron y pusieron a disposición de la sociedad cultura del Perú la mejor biblioteca de América, se comprenderá el inigualable mérito del Colegio de San Pablo. En la segunda mitad del siglo XVIII la Biblioteca de San Pablo contaba con casi 40.00 volúmenes, mientras la renombrada Universidad de Harvard, en las colonias inglesas, tenía una biblioteca que no llegaba en aquellos años a los 4.000 volúmenes. Los libros coleccionados en la gran biblioteca limeña estaban escritos en una verdadera

---

\* Catedrático de Historia de España y América en Southern Methodist University, Dallas-Texas.

1 Archivo de la Provincia del Perú (Jesuitas): Jacinto Barrasa. Historia Eclesiástica MS, I, 563.

Babel de lenguas antiguas y modernas, en hebreo, griego, latín, árabe, italiano, francés, alemán, catalán, español, y en las mas importantes lenguas aborígenes del Nuevo Mundo. La inmensa mayoría de las obras guardadas en la biblioteca de Harvard estaban impresas en latín, y pocas se encontraban en lenguas modernas fuera del inglés (2).

El origen de la Biblioteca de San Pablo se remonta a abril de 1568, cuando el P. Gerónimo de Portillo y los primeros jesuitas llegaron a Lima. Antes de salir de Sevilla. Portillo gastó mas de doscientos ducados en libros para el futuro San Pablo, y casi podría decirse que la biblioteca existió antes del Colegio. Una vez adquirido el terreno para edificar el Colegio, en la cuadra ocupada hoy por la Biblioteca Nacional y la Iglesia de San Pedro, uno de los primeros cuidados de Portillo fue edificar una pequeña biblioteca. Se eligió un rincón callado del jardín y se levantó una habitación diminuta, pero con una buena ventana y buena luz, para colocar los libros traídos de Europa. Para enero de 1569 los doscientos ducados de libros estaban colocados en sus estantes, y en cartas a Europa podía describirse la nueva biblioteca como "muy conveniente" para los fines de la flamante institución jesuítica (3). Pocos podrían haber sospechado en la Lima de 1569 que aquella humilde biblioteca sería, un día no lejano, la mejor del continente.

Desde 1569 todos los jesuitas venidos de Europa, no sólo españoles sino también italianos y alemanes, llegaban a Lima con nuevas aportaciones de libros. El primer Visitador jesuita del Perú, el Doctor Juan de la Plaza, por ejemplo, zarpó de Sevilla rumbo a Lima en octubre de 1574 trayendo libros por valor de quinientos ducados (4). El interés de Plaza en la incipiente biblioteca de San Pablo se refleja no sólo en la importante contribución de libros hecha por él en 1574, sino en el estudio que hizo de los fondos existentes y de la administración de la biblioteca. El 12 de diciembre de 1576 Plaza escribía al General de los Jesuitas en Roma y, entre otras cosas, le daba un informe preciso sobre el estado de la biblioteca. Plaza se queja de que está colocada en un sitio muy húmedo y que la humedad ha comenzado a hacer estragos en algunos de los libros. Más triste aún, Plaza informa al General, el catálogo original ha desaparecido y aún no se ha hecho el nuevo; no hay rótulos en los estantes indicando las diferentes clases de libros, y muchos de ellos están colocados fuera de sitio. Lo más lamentable para el Visitador fue comprobar que muchos de los libros traídos de Europa habían desaparecido para finales de 1576, quizá sacados de la biblioteca, sin permiso, por lectores sin escrúpulos (5).

2 En la actual Biblioteca de Harvard se conserva el catálogo de aquella biblioteca en el siglo XVIII, en el cual se pueden comprobar los datos aducidos.

3 Antonio de Egaña, S. J. *Monumenta Peruana* (5 vols. Romae: Borgo Santo Spirito, 5, 1954-1969), I, 250-51, 350.

4 *Ibid.*, I, 597, 599-603, 671-76, 723-24; II, 1-2.

5 *Ibid.*, II, 169. El informe de Plaza parece implicar que era grande el número de libros y que se usaban frecuentemente, incluso por amigos seculares de la Orden.

Desde el período de Plaza se comienza a enriquecer la biblioteca de una manera más sistemática. En 1575 el General de los Jesuitas nombra un Procurador en Sevilla para gestionar los asuntos de los colegios de ultramar. Entre las órdenes dadas al Procurador está la de comprar libros para las bibliotecas que los Jesuitas estaban formando en América. El Procurador, según las normas del General, no debería esperar a que le pidan libros, sino que irá comprando todo lo que vaya saliendo, no sólo en España, sino también en otros centros publicitarios de Europa. Esto será fácil, según el General, dada la inmensa concurrencia de mercaderes de toda Europa que concurren a Sevilla con ocasión de la partida y llegada de las flotas de América (6). San Pablo se aprovecharía de esta legislación enviando fondos especiales al Procurador de Sevilla y organizando un presupuesto permanente para la adquisición de libros. Entre 1586 y 1604 se gestiona por los hermanos Juan, Francisco y Gabriel Perlin, los tres jesuitas en Lima, la donación de una casa de su propiedad en Madrid. La casa es donada por los tres hermanos al Colegio de San Pablo con la condición de que su renta fuera usada para la adquisición de libros destinados a la biblioteca del Colegio (7).

Al comienzo del siglo XVII la biblioteca de San Pablo es ya una gran realidad. Un testimonio indirecto de su riqueza lo tenemos en los miles de citas de un sin fin de autores, que se encuentran en las obras escritas por José de Acosta, José de Arriaga, Esteban de Avila, Alonso de Barzana, José Pérez de Menacho y Bernabé Cobo, todos los cuales usaron exclusivamente la biblioteca de San Pablo. La riqueza de la biblioteca se vio aumentada notablemente en 1602, cuando Don Francisco Coello, ex-profesor de la Universidad de Salamanca y Alcalde de Corte en Lima desde 1592, entró en la Compañía de Jesús y donó su biblioteca particular al Colegio de San Pablo. La donada biblioteca contenía una abundante colección de libros de leyes y no pocos de matemáticas y geometría. Bernabé Cobo nos ha dejado en su *Fundación de Lima* una descripción de la Biblioteca de San Pablo tal como era en las primeras décadas del siglo XVII. Según Cobo era amplia y amueblada con gusto. Tenía hasta 4.000 volúmenes sin contar los duplicados, y no sólo en obras teológicas y filosóficas sino de toda clase de materias. Quizá Cobo se deja llevar un poco de su entusiasmo por la gran Biblioteca al afirmar que el libro que no se encuentre en ella tiene que ser bastante curioso y raro (8).

La Biblioteca del Colegio de San Pablo continuó creciendo a ritmo acelerado con el correr del siglo XVII. Constantemente llegan al Callao cajones de li-

6 *Ibid.*, I, 696.

7 Archivo de la Provincia del Perú (Jesuitas): Libro de Ordenaciones MS, f. 125; Archivo Nacional del Perú: Temporalidades, Colegios (San Pablo), Legajo 85, codex 391, ff. 58 y 69.

8 La información sobre los libros donados por Coello se encuentra en Jacinto Barrasa, *Historia...* Ms, II, codex 60; Bernabé Cobo, S. J. *Historia del Nuevo Mundo* (2 vols., edited by Francisco Mateos, S. J.; Madrid: Ediciones Atlas, 1956), II, 425.

bros con destino a San Pablo. Treinta y tres pesados cajones de libros llegaron en 1629. En la década de 1630 las consignaciones de libros para San Pablo se hacen más abundantes y el Colegio se convierte en distribuidor de libros para otras bibliotecas del virreinato. Los documentos nos dan testimonio que los hombres que organizan la Biblioteca en aquellos años, después de elegir los mejores títulos, para San Pablo, envían libros a los Colegios de Trujillo, Arequipa, Pisco, Cuzco, Huancavelica, Huamanga, La Paz, Chuquisaca, y Potosí. También se envían libros desde San Pablo a las misiones de Mainas y Juli, y hay envíos que llegan hasta los lejanos colegios de Córdoba, La Plata y Santiago de Chile. En 1665, en un solo barco, llegaron cien cajones de libros desde Sevilla. Esos cajones se abrían en el llamado Patio de los Procuradores del Colegio de San Pablo, y después de seleccionar los nuevos y mejores títulos para la Biblioteca, el resto se enviaba a otras instituciones jesuíticas o se ponía en venta para el público culto (9).

No es de extrañar, pues, que muchos profesores de San Pablo comenzaran a formar sus propias bibliotecas privadas a la sombra de la gran Biblioteca del Colegio. En 1630 Nicolás Durán, por ejemplo, toma del envío llegado aquel año más de cincuenta volúmenes para su biblioteca privada. Durán, un italiano de gran inteligencia que trajo desde Roma los planos de la que había de ser maravillosa iglesia de San Pedro, tomó para su biblioteca, entre otras obras, una historia general de los Romanos, el conocido tratado de Antonio Balerini *De Re Militari Veterum Romanorum*, el *Thesaurus Politicus*, un libro sobre la historia y el pensamiento de los egipcios y las obras numismáticas de Hubert Goltzi (10).

Estas bibliotecas privadas del profesorado de San Pablo crecen al mismo ritmo de la Biblioteca General y comienzan a crear problemas administrativos en San Pablo. Desde 1630 a 1715 los Provinciales Jesuitas tratan de controlar sin éxito el crecimiento de estas bibliotecas privadas, que ellos juzgaban una amenaza a la pobreza religiosa e innecesarias dada la existencia de la gran Biblioteca del Colegio. Es evidente en los testimonios de los Provinciales que muchos jesuitas prestaban libros y los vendían a personas seglares de Lima, que a veces sustraían del Patio de los Procuradores libros que debían haberse colocado en la Biblioteca General, y que así se impedía la creación de un buen catálogo central con la lista de todos los libros existentes en el Colegio de San Pablo. Los Provinciales insisten durante todo el siglo XVII en la centralización administrativa de todos los libros de San Pablo y en la creación de un buen catálogo general. Es evidente que para ellos un libro sin catalogar y guardado por un particular en una celda priva-

9 Archivo Nacional del Perú: Compañía de Jesús, Sermones, Legajo 3 contiene los siguientes manuscritos "Memoria de los libros que envía el P. Hernando Morillo a la Prov. del Perú", "Contrato entre el capitán de Navío San José D. Ordoño de Salazar y el P. Cristóbal García Anez, 1629", "Cuentas del Procurador, 1662-1667"; véase también Compañía de Jesús, Varios, Legajo I "Libro de Viáticos y Almacén, 1626-1627", y Legajo 2 "Libro de Viáticos y Almacén, 1628-31".

10 *Ibid.*, "Libro de Viáticos y Almacén, 1628-31". ff. 92-100, 121-122.

da era lo mismo que un libro perdido o no existente <sup>(11)</sup>. Estos esfuerzos de los Provinciales resultaron inútiles ya que al cerrarse el Colegio en 1767 todavía existían las bibliotecas privadas. Por el inventario oficial hecho por Amat sabemos que el Procurador General de San Pablo, el P. José Rocha, tenía en su oficina privada 4,101 volúmenes. Ciento cincuenta de ellos constituían la biblioteca privada de Rocha. Los 3,951 restantes eran libros recién llegados de Europa destinados a la Biblioteca General o para ser distribuidos a otros colegios fuera de Lima. El Decano de Estudios de San Pablo Alejandro Cazeda, tenía según el inventario real, una biblioteca privada de doscientos noventa volúmenes. Entre los profesores, el P. Mateos de los Santos tenía ciento once volúmenes, Ramón del Arco ciento noventa y siete, Antonio Bacas ciento treinta y dos, Casimiro Bohorquez ciento ochenta y ocho, Martín del Castillo noventa y ocho, Juan Antonio Rivera setenta y tres volúmenes. Varios otros individuos tenían bibliotecas privadas que pasaban de los cincuenta volúmenes. Un caso especial era el del jesuita alemán Henry Dekker, residente de San Pablo, que poseía una biblioteca de obras científicas y entre ellas cincuenta y dos volúmenes en alemán. Los oficiales reales no pudieron hacer el inventario de estos cincuenta y dos volúmenes ya que al parecer ninguno entendía “la lengua tudesea” <sup>(12)</sup>.

#### LA BIBLIOTECA GENERAL

Pasemos a examinar, aunque sólo sea superficialmente, el contenido de la Biblioteca General. Gratuitamente se ha supuesto, incluso, por historiadores de monta que las bibliotecas jesuíticas eran bibliotecas meramente eclesiásticas, atestadas de obras filosóficas y teológicas sin interés “moderno”. La Biblioteca del Colegio de San Pablo poseía indiscutiblemente una sección eclesiástica completa, en la que no faltaba ninguna obra teológica o filosófica de importancia. Con todo, esa sección era una mínima parte de la gran Biblioteca.

En San Pablo hubo desde comienzos del siglo XVII un gran interés por problemas médicos. El jesuita Agustín Salumbrino vino de su nativa Italia para organizar en Lima la gran Farmacia de San Pablo y administrar la Enfermería del Colegio y el Hospital de los negros esclavos. Este interés médico quedó ampliamente reflejado en la Biblioteca, que constantemente adquirió obras médicas. Los jesuitas de San Pablo habían organizado un laboratorio farmacéutico en el Colegio donde se preparaban las mejores medicinas de Lima. La Biblioteca da testimonio que al preparar esos “compuestos” médicos los jesuitas seguían las más avanzadas técnicas de Europa. El visitante curioso podía descubrir en las estanterías de la Biblioteca todas las grandes farmacopeas de aquel tiempo: el *Methodo de la Collection y Reposicion de las Medicinas Simples y de su Correccion y Preparacion*, escrita por el doctor Luis de Oviedo e impresa en Madrid

11 Archivo de la Provincia del Perú (Jesuitas): Libro de Ordenaciones MS, ff. 147, 200-201, 224-225; Colección Vargas Ugarte; Papeles Varios MS. XXXIX, Doc. 16, n. 19; Doc. 11, n. 15-17; Doc. 17, n. 8; Doc. 19, n. 5-6.

12 Archivo Nacional de España (Madrid): Clero, Jesuitas, Libro 363-J, ff. 658-99.

en 1581, y la obra de Juan del Castillo, *Universa Medicamenta in Officinis Pharmaceuticis Usitata*, que vio la luz en Cádiz en 1622. Estas dos obras eran ya usadas en la Farmacia de San Pablo en la segunda década del siglo XVII (13). La Biblioteca de San Pablo tenía además, para uso de la Farmacia, la obra *De Compositione Medicamentorum*, impresa en Venecia en 1590 y escrita por el doctor italiano Gerónimo Mercuriale, profesor de medicina en las universidades de Padua y Bolonia; también la *Pharmacopeia Parisiensis*, la *Pharmacopeia Valenciana*, la *Pharmacopeia Matritensis* y la *Botánica Americana*. Ya entrado el siglo XVIII los farmacéuticos de San Pablo usan constantemente *La Farmacopea Triunfante* del Doctor Félix Palacio, impresa en Madrid en 1713. Esta obra llegó a ser tan popular en San Pablo que una mano desconocida escribió en su portada "Para el uso diario de esta Farmacia" (14).

El interés médico en San Pablo no se reducía a problemas farmacéuticos. La rama de cirugía también estuvo ampliamente representada en la Biblioteca del colegio, que entre otras obras contaba con el *Thesoro de la Verdadera Cirugía*, escrita por Bartolomé Hidalgo e impresa en Sevilla en 1604, y la *Primera y Segunda parte de la Cirugía Universal del Cuerpo Humano*, escrita por el Doctor Juan Calvo, reimpresa muchas veces en el siglo XVII y todavía en uso en las Escuelas de Medicina del siglo XVIII. El visitante de la Biblioteca de San Pablo podía ver en la misma sección otras obras como *Operaciones Quirúrgicas*, *El Cirujano en Práctica*, y *El Sueño Quirúrgico* que discutía los problemas de anestesia y cirugía sin dolor.

Los médicos coloniales podían estudiar en la Biblioteca de San Pablo las obras clásicas de Galeno e Hipócrates, todos los tratados latinos de los doctores medievales, y no pocos judíos y árabes. Entre los autores médicos "modernos" San Pablo ofrecía al lector las obras de los italianos Girolamo Mercuriale, Giovanni B. Cortesi del Colegio de Médicos de Bolonia y uno de los mejores anatomistas de su tiempo, Gabrielle Falopio, profesor de medicina en la Universidad de Padua y descubridor en la anatomía femenina de las trompas o tubos que llevan su nombre; Michele Mercati, el doctor personal de los Papas Gregorio XIII y Clemente VIII; y Girolamo Cardano un milanés de verdadero genio, médico, físico, matemático y filósofo. Entre los médicos franceses representados en la Biblioteca de San Pablo estaba Jean Riolan, cuyas famosas disputas con William Harvey sobre la circulación de la sangre le hicieron bien conocido en Europa. El francés de adopción Jakob Benignus Winslow se conoció en Lima ya que sus cinco volúmenes de la *Exposition Anatomique de la Structure du Corps Humain* descansaban en los estantes de la Biblioteca del Colegio de San Pablo (15).

13 Las dos farmacopeas mencionadas están anotadas en Archivo Nacional del Perú: Compañía de Jesús, Varios, Legajo 2, "Libro de Viáticos...", f. 55.

14 Archivo Nacional del Perú: Temporalidades, Inventarios, Legajo 2 codex 28 "Inventario de la Botica del colegio de San Pablo", ff. 22-25; Archivo Nacional de España (Madrid): Clero, Jesuitas, Libro 363-J, ff. 444, 604-605.

15 *Ibid.*, ff. 441, 443-445, 604-605.

Las obras médicas escritas por doctores españoles superaban naturalmente en la Biblioteca de San Pablo a las escritas por doctores extranjeros. Ya hemos citado las obras de Luis de Oviedo y Juan del Castillo, junto a las cuales se encontraban otras como las enciclopedias médicas *Preclaræ Rudimentorum Medicinæ Libri Octo* del doctor Antonio de Aguilera, y la *Universa Medicina* del médico Juan Fernández. Los médicos catalanes Jacinto Andreu y José Fornes estaban representados en la Biblioteca de San Pablo por sus obras *Practicæ... procurandis Humanis Corporis Morbis* y *Tractatus de Peste* impreso en Barcelona en 1725. Así mismo estaba representado el más famoso médico español del siglo XVIII, el doctor Juan de Dios López. López fue el fundador y el alma de la Real Academia de Medicina y del Real Colegio de Cirujanos y publicó entre 1750 y 1752 cinco volúmenes titulados *Compendio Anatómico* que llegaron a la Biblioteca del colegio unos pocos años antes de su extinción (16).

Los libros de economía y geografía también abundaban en la Biblioteca de San Pablo. Los jesuitas se habían distinguido en recorrer regiones casi desconocidas del Nuevo Mundo en su afán de establecer misiones, y algunos de ellos habían producido magníficos mapas y relaciones geográficas de valor. La Orden, y especialmente San Pablo, poseía una amplia red de haciendas donde se criaba ganado y se producían cosechas variadas. Estos intereses económicos eran de tal envergadura que hacia la mitad del siglo XVIII un ejército de casi 2,000 esclavos negros era propiedad del Colegio de San Pablo y trabajaban en sus haciendas. La Biblioteca reflejaba estos intereses económicos de los hombres de San Pablo. Una gran colección de libros en francés, importados de Francia y los Países Bajos, servía a los jesuitas de base científica a sus operaciones económicas. La Biblioteca tenía un diccionario francés de economía en cuatro tomos, una enciclopedia de comercio, también en francés, tratados de agricultura, transacciones monetarias y de problemas de regadío. El lector interesado en estas materias y con conocimientos del francés podía encontrar en la Biblioteca de San Pablo libros sobre el cultivo de las tierras, la apertura de caminos rurales, la cría de ganado vacuno y lanar y la cría de los gusanos de seda. También podía encontrar obras especializadas sobre el corte de maderas, extracción de piedras de construcción y sobre la industria de los tintes y la cría de caballos y mulos. La Biblioteca tenía incluso varias obras sobre la construcción de navíos y algunos tratados sobre el arte de navegar, donde aprendieron este arte Jesuitas que luego usarían constantemente las vías fluviales en sus perseverantes misiones en el corazón de América (17).

Las extensiones sin límites de las tierras vírgenes de América fascinó a los jesuitas que en su biblioteca de Lima coleccionaron libros y mapas de todas las

16 *Ibid.*: Para mejor comprender la influencia de algunos de los doctores leídos en San Pablo, se podrá consultar la obra de Pedro Laín Entralgo, *Historia de la Medicina Moderna y Contemporánea* (Barcelona y Madrid: Editorial Científico Médica, 1963).

17 Archivo Nacional de España (Madrid): Clero, Jesuitas, Libro 363-J. ff. 418, 426-427, 430, 600-601, 613, 656.

regiones del Nuevo Mundo desde California y Nuevo México hasta La Plata, Chile y el Paraguay. No pocos de esos libros contenían descripciones de primera mano de los grandes ríos americanos, el Marañón, el Amazonas, el Paraná y otros. La interesante obra de José Gumilla, *El Orinoco Ilustrado y Defendido* era una de las muchas de esta clase que descansaba en los estantes de la Biblioteca de San Pablo, en la que también se guardaban obras más tradicionales como las *Geografías* de Strabo y Ptolomeus, las obras de los geógrafos medievales y el conocido *Dictionnaire Geographique* de Martinier. No sólo la geografía de nuestro planeta interesó a los jesuitas, sino también la estructura del universo. La Biblioteca de San Pablo guardaba la revolucionaria obra de Nicolás Copérnico, *De Revolutione Orbium Terrestrialium*, las obras de Johannes Kepler, y las obras científicas del gran genio italiano Galileo Galilei. No lejos de estas colecciones, el lector podía encontrar *Tablas Astronómicas*, tratados sobre cómo construir y usar telescopios, y obras sobre eclipses y terremotos (18).

Se ha dicho con razón que los castellanos de la época imperial no sólo “hicieron historia” sino que además la escribieron con arte y la leyeron con pasión. La Biblioteca limeña de San Pablo reunió una impresionante colección de obras históricas, única quizá en todo el continente. El aficionado a la historia podía encontrar en San Pablo, *De Historia, para Entenderla y Escribirla* publicada en Madrid en 1611 por el historiador español Luis de Cabrera; un tratado francés en cuatro tomos sobre los elementos de la historia; y la obra clásica de Mabillon, *De Re Diplomatica Libri VI*, fundamento de la paleografía científica, que vio la luz en Francia el año 1681. Existían también en la Biblioteca de San Pablo un buen número de historias generales como las *Relaciones Universales del Mundo* de Juan de Botero, los tres tomos de la *Historia General del Mundo* de Antonio de Herrera que se publicaron en Madrid entre 1601 y 1612, *El Gran Diccionario Histórico* del francés Louis de Moreri, y la obra del italiano Salmon, *Lo Stato Presente di Tutti i Paesi e Popoli del Mondo* en 17 volúmenes, impresa en Venecia en la primera mitad del siglo XVII (19).

Los aficionados a la historia no tenían que limitarse al recorrer la Biblioteca de San Pablo a obras de tono general. La Biblioteca ofrecía obras especializadas en todas las épocas y regiones del globo. Los historiadores de Grecia y Roma estaban naturalmente representados en una biblioteca en la que no faltaba ninguno de los clásicos antiguos. Pero San Pablo tenía además historias “modernas” de la antigüedad como los catorce volúmenes en francés de Charles Rollin, que estudió a fondo la historia de los egipcios, cartagineses y asirios, y el *Imperium Orientale sive Antiquitates Constantinopolitanae* de Anselmo Banduri, que apareció en París en 1712. Las historias de España y su imperio ocupaban naturalmente un lugar preferencial en la Biblioteca de San Pablo. El lec-

18 *Ibid.* ff. 416, 427, 435, 576-578, 582, 598, 600.

19 *Ibid.*, ff. 436, 574-578.



tor podía encontrar desde los viejos cronicones hasta las historias más científicas del siglo XVIII. Desde los estantes invitaban al lector las crónicas de Miguel Carbonell, que escribió en su cadencioso y nativo catalán, las obras de Esteban de Garibay, y las crónicas del descubrimiento y conquista de América. Clásicos de la historia de España, que aún hoy día se leen con admiración, podían ser leídos por los limeños de la colonia en el Colegio de San Pablo. Entre ellos, para sólo mencionar algunos, la *Historia General del Rey Alfonso*, los cinco tomos de la *Historia General de los Hechos de los Castellanos* de Antonio de Herrera, las *Historiae de Rebus Hispaniae Libri XX* del revolucionario Juan de Mariana, y la *Synopsis Histórica Cronológica de España* de Juan de Ferrera, que se reimprimió varias veces y se tradujo al francés y al alemán (<sup>20</sup>).

Los historiadores no españoles no fueron olvidados en San Pablo, que podía ofrecer al lector las obras de los italianos Francesco Guicciardini y Ludovico Antonio Muratori, la *Histoire Générale des derniers Troubles Arrivés en France* del francés Pierre Mathieu, e historias de Portugal y de su imperio escritas por historiadores portugueses. La Biblioteca tenía historias de Hungría, Alemania, Inglaterra, Francia, Holanda, Nueva Francia, Moscovita (La Rusia actual), Africa, China, Japón y las islas Filipinas, además de historias especializadas, de comercio, navales, diplomáticas y bélicas. Un buen número de estas obras estaban firmadas por historiadores no españoles. En la Biblioteca de San Pablo el lector inteligente podía estudiar incluso la historia del papado no con la mirada piadosa de historiadores medievales sino con los ojos inquisitivos y críticos de Bartolomé dei Sacchi, el genial italiano mejor conocido en la historia con el sobrenombre de Platina (<sup>21</sup>).

Muchos de los hombres que dirigieron y enseñaron en San Pablo fueron confesores y consejeros de oficiales reales e incluso de Virreyes. En las clases de moral y ética se discutían frecuentemente problemas relativos a la administración civil. Naturalmente este campo quedó también reflejado en las adquisiciones de la gran Biblioteca limeña, cuya sección de temas políticos tenía autores de toda Europa. En ella se encontraban, para dar algunos ejemplos, varios ejemplares de el tratado *De Legibus* de Francisco Suárez, el gran genio andaluz, que atacó el derecho divino de los reyes y radicó la soberanía en el pueblo. También estaba el famoso *De Rege et Regis Institutione* de Juan de Mariana, propugnador de la teoría del regicidio y cuya obra fue públicamente quemada en París por orden del Parlamento francés. Baltasar Gracián estaba representado en esta sección por sus obras *El Príncipe* y *El Cortesano*, y Andrés Mendo por su tratado *Príncipe Perfecto y Ministros Ajustados* que se publicó en Salamanca en 1657. La administración del imperio español era naturalmente de interés vital para los lectores de San Pablo que en la Biblioteca podían encontrar una gran colección

20 *Ibid.*, ff. 422-423, 435-436, 572, 581.

21 *Ibid.*, ff. 422-426, 428-429, 431-433, 579, 585.

de Cédulas Reales y Bulas Pontificias junto con todos los grandes tratadistas del derecho indiano: obras como *Monarquía Indiana* de Torquemada, la *Política Indiana* de Solórzano Pereira, los escritos de León Pinelo, y esa ingente catedral ideológica que es el *Thesaurus Indicus* de Diego de Avendaño. Entre los autores extranjeros la Biblioteca ofrecía los *Diez Libros de la Razón de Estado* del italiano Botero, las obras del francés Berulle, y la *Politiorum sive Civilis Doctrinae Libri Sex* del flamenco Justus Lipsius. Una rápida mirada a los estantes podía revelar obras tan sugestivas como *Thesaurus Politicus; El Secretario del Rey, Avisos a los Príncipes*, y *Ensayo Político sobre el Gobierno de Holanda* (22).

El Colegio de San Pablo fué, como hemos demostrado en otra parte, un gran centro lingüístico y humanístico, y su Biblioteca era extremadamente rica en estas disciplinas. El aficionado a las lenguas podía encontrar en San Pablo gramáticas y diccionarios de Griego, Latín, Hebreo, Árabe, Español, Portugués, Italiano, Catalán, Francés, Alemán, e incluso una gramática de la lengua copta. Las principales lenguas aborígenes de América estaban ampliamente representadas en la Biblioteca de San Pablo. No faltaban tampoco diccionarios multilingües como el conocido diccionario de ocho lenguas de Ambrosio Calepino, y el *Diccionario Trilingüe del Castellano, Bascuence y Latín* de Manuel de Larramendi. El querer dar una lista de las obras literarias sería intentar dar el catálogo general de todos los clásicos y de la gran literatura española del siglo de oro. En la Biblioteca de San Pablo no faltaba ninguno de los clásicos griegos y latinos, ni ningún autor español de monta, y además el lector podía leer en sus originales los portugueses Camoens y Vieira, los italianos Dante, Petrarca y Platina, y los franceses Racine, Corneille, Bossuet y Bourdaloue (23).

En las primeras décadas del siglo XVIII la Biblioteca del Colegio de San Pablo comenzó a tomar un aire científico y a reflejar las nuevas luces de la ilustración. Once grandes ventanales iluminaban la Biblioteca, cubierta con pesadas estanterías desde el suelo al techo, dejando sólo unos espacios abiertos en la pared de la que colgaban 21 cuadros al óleo de escritores jesuitas famosos, como el español Suárez, el italiano Balarmino y el alemán Canisio. En el centro, y sobre sólidas mesas de caoba, descansaban mapas, globos, compases y brújulas. Hacia el fondo de la Biblioteca el curioso visitante podía examinar un verdadero laboratorio científico de "máquinas matemáticas y físicas", para usar la expresión del inventario real. Había varios telescopios, uno de ellos descrito como "telescopio newtoniano de reflexión", y un buen número de "máquinas eléctricas". Una estaba marcada como "made in England" y otra había sido importada de Italia. El laboratorio se preciaba además de una buena colección de máquinas para medir el peso de los líquidos, experimentar problemas de hidrostática, y medir fuerzas centrífugas y centrípetas. El conjunto lo completaban varias máquinas neumáticas traídas de Inglaterra y una serie de instrumentos menores (24).

22 *Ibid.*, 424, 429, 431-435, 446-464, 573, 666.

23 *Ibid.*, ff. 410-413, 420, 592-595, 677.

24 *Ibid.*, 648-649.

Esta colección de máquinas científicas que ocupaban el fondo de la Biblioteca no se explicaría si los Jesuitas de San Pablo no hubiesen sentido la curiosidad científica de la Ilustración al leer las grandes obras de la época. En efecto la Biblioteca guardaba las *Opera Omnia* de Newton, cincuenta y ocho volúmenes en italiano de una *Nueva Colección de Ensayos Científicos*, y las publicaciones de la *Academia des Sciences* fundada en 1666 por Louis XIV. San Pablo poseía 54 volúmenes con la historia detallada de la *Academie des Sciences* y sus actividades, doce volúmenes con las Memorias científicas presentadas a la Academia Francesa, una obra en seis volúmenes describiendo todas las máquinas científicas patentadas por la Academia, y siete volúmenes que contenían la explicación científica de las máquinas que habían recibido premios especiales en París. El Colegio de San Pablo llegó incluso a adquirir, ya en vísperas de su extinción, las Memorias y trabajos científicos de la *Akademie der Wissenschaften* que desde 1711 dirigía en Berlín el filósofo y científico Gottfried Wilhelm von Leibniz (25). Junto a estas obras científicas no faltaban las obras filosóficas de nuevo cuño, el *Discours de la Méthode* de Descartes, y las obras de Malebranche, Locke, y Leibniz, para citar sólo unos pocos. El gran propugnador de la Ilustración Española, Benito Gerónimo Feijóo y Montenegro, fue tan popular entre los lectores de San Pablo que sus obras no sólo estaban en duplicado en la Biblioteca General, sino también en varias de las bibliotecas privadas de los profesores (26).

Como insinuábamos al comienzo de este artículo, la Biblioteca del Colegio de San Pablo fue el resultado de los constantes esfuerzos de unos hombres de gran visión intelectual. La Biblioteca fue organizada por ellos de una manera científica y para ello hicieron traer de Europa una obra que explicaba la organización de la biblioteca del famoso College de Clermont en Francia, catálogos de conocidas bibliotecas europeas, quince tomos del *Catálogo de Varias Bibliotecas en Todas Lenguas* y la gran obra de Juan Tomás de Rocaberti en 21 volúmenes, *Index Operum Omnium Bibliothecae Maximae Pontificiae* que daba la lista de las obras guardadas en la Biblioteca Pontificia de Roma. Con estos instrumentos bibliográficos de primera calidad científica y gracias a una solvencia económica extraordinaria, los jesuitas de San Pablo pudieron organizar la mejor biblioteca de las Américas (27).

Esa Biblioteca fué constantemente usada por los jesuitas, sus alumnos y amigos hasta el punto de convertirse en un centro de investigación, en el más moderno sentido de la palabra. Autores que aún hoy día leemos con admiración vivieron en el Colegio de San Pablo y usaron su gran Biblioteca para redactar sus obras; obras que después ocuparon lugar preferente en la Biblioteca del Co-

---

25 *Ibid.*, 582-583, 602, 606, 612.

26 *Ibid.*, 421, 666-669, 689.

27 *Ibid.*, ff. 572, 584.

legio. Basta citar a José de Acosta que en San Pablo redactó su *De Natura Novi Orbis et... de Procuranda Indorum Salute*; Diego de Avendaño y su monumental *Thesaurus Indicus*; Bernabé Cobo que en San Pablo escribió partes de su obra clásica *Historia del Nuevo Mundo*; Pedro de Oñate, el profesor de cuestiones morales, que produjo los tres volúmenes *De Contractibus*; el humanista José de Arriaga que en 1629 publicaba su *Rhetoris Christiani Partes Septem*; los filósofos Nicolás de Olea y Alonso de Peñafiel, que enseñaron filosofía en San Pablo y escribieron el primero la *Summa Tripartita Scholasticae Philosophiae* y el segundo el *Cursus Integri Philosophici*; José Rodríguez autor de una popular *Gramática Ilustrada*, que se reimprimió varias veces, aun después de la expulsión de los jesuitas; el astrónomo y físico Juan Rehr y su obra *El Conocimiento de los Tiempos*. La lista podría continuarse, pero sólo las obras mencionadas y los miles de citas que contienen darán una idea de que en verdad la *Biblioteca de San Pablo* fue un centro de investigación de primer orden.

En setiembre de 1767 el Virrey Amat, siguiendo las órdenes de S. M. Carlos III, se incautó del Colegio de San Pablo y ordenó la clausura de la Biblioteca, que sería luego inventariada por un grupo de agentes reales. El 25 de enero de 1768, la Universidad de San Marcos que carecía de biblioteca, elevaba una petición al Rey para que se adjudicasen a la Universidad los libros de los expatriados jesuitas. El Rey accedió y la Biblioteca fue concedida a la Universidad, aunque quedando ubicada en el antiguo edificio del Colegio de San Pablo. Pasaron los años y las guerras, los incendios, los terremotos y, (habrá que decirlo con dolor), la negligencia de los hombres, fueron poco a poco arruinando ese gran tesoro bibliográfico del Perú colonial. Hoy sólo quedan, para probarnos lo que fue aquella extraordinaria biblioteca, unos viejos inventarios reales y alguno que otro empolvado volumen mostrando orgullosamente en su portada la inscripción: "De la librería del Colegio de San Pablo". Ojalá que con motivo del Sesquicentenario de la Independencia del Perú se pudieran recoger todos esos viejos volúmenes para exponerlos en la actual Biblioteca Nacional como callado testimonio de la visión intelectual de nuestros abuelos.